

a través de la costra desapacible, la palabra del Bien y de la Ciencia.

Me figuro que la juventud colombiana es la dúctil heredera de mi cuento.

Y ahora, queridos compañeros, con buena voluntad y buen humor, aprendamos la lección de don Ricardo.

He dicho.

ARMANDO ROMERO LOZANO

CIUDAD MIA

A MONSEÑOR CARRASQUILLA EN EL CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DE DON RICARDO

(Bien advierto que no es la ofrenda digna de la fecha que se conmemora ni del nombre ilustre a quien va dirigida: sea homenaje no la obra sino la sincera intención).

Hubo un tiempo que esta cima de los Andes inviolada, en alcázares de cañas, por nativos fue habitada, vio sus odios, sus amores, sus querellas escuchó; y al nacer el sol inmenso cual una ascua en el oriente, y al bañarse cada tarde con la sangre del poniente, sus selváticas ofrendas y sus preces recibió.

El arroyo que serpea rumoroso entre la grama hasta hundirse en el abismo mugidor del Tequendama, en su aguaje, de una india el llorar llevó tal vez; y la brisa mañanera que embalsama la maleza, de algún indio sosegaba la nostálgica tristeza por un bien de hombros desnudos, blancos dientes, negra

[tez.

Quando un día —magno día—destrozando la maraña,
 los bizarros capitanes de la altiva, noble España,
 escalaron las alturas y clavaron su pendón:
 el pendón de gualda y rojo con sus pliegues retadores
 cobijó la brava tierra con sus bosques y sus flores,
 cual cobija un manto regio un inquieto corazón.

Depusieron los mandobles, los mellados cascos fieros,
 y, postrados en la hierba, los invictos caballeros
 presenciaron recogidos el misterio del Altar:
 fue un instante de sublime, divinal magnificencia
 cuando Cristo, hecho blancura, consagró con su presencia
 este nido de condores suspendido sobre el mar!

La Hostia santa tuvo inciensos en las auras campesinas,
 impalpables cortinajes en las pálidas neblinas,
 que salpica de áureos tintes de la aurora el arbol;
 fue dosel la verde fronda de los árboles umbrosos,
 fueron canto de las aves los trinares melodiosos,
 dombo esbelto el alto cielo y encendido cirio el sol.

Como surgen, en los cuentos, al conjuro de los magos,
 de las nueces las carrozas, los castillos de los lagos,
 en la agreste altiplanicie fue surgiendo una ciudad.
 Las cabañas se trocaron en arcadas y crujiás,
 portaladas con escudos, gruesos muros, celosías,
 la espadaña se alzó en torre de sagrada majestad.

Del connubio generoso del hidalgo castellano
 con las hembras de la tierra, nació un pueblo soberano;
 tan festivo como libre, noble y fiel, recio y viril:
 una fruta multisápida con dulzor de vino añejo,
 miel intensa de los trópicos, gusto nuevo, y algún dejo
 de las aguas nazaritas de la Alhambra y el Genil.

Aquí cuentos y consejas de fantasmas andariegos;
 al trotar la mula herrada los galanes nocherniegos,
 embozados en sus capas, recatábanse a un portal.
 Aquí triunfos amorosos de las niñas en el baile;
 aquí el clásico suceso del virrey que se hizo fraile
 y cambió espadín y gola por un áspero sayal!

Amanece. Canta el alba. De los cerros sopla el viento;
 suenan graves las campanas en las torres del convento;
 por las calles aún desiertas cruza algún madrugador.
 La mañana. Ya a la Audiencia van llegando los gollillas,
 los letrados y alguaciles con sus togas y ropillas,
 en un ángulo del porche vese grave al Seor Oidor.

Media el día. El sol dardea. Nada turba el soledoso
 tibio ambiente de andaluces blancos patios, al reposo
 de la siesta se ha dormido la sencilla Santa Fe.
 Ya de tarde, la merienda del batido chocolate,
 el hablar sesudamente de un teológico debate,
 de las cédulas reales, o del último minué.

Esta paz turbóla un grito, grito de ansias y de guerra,
 que vibró en los hondos valles y en los picos de la sierra
 como vibran los estruendos de sonora tempestad.
 Galoparon los llaneros con galope de centauros,
 y hacinaron sobre el ara de la Patria frescos lauros,
 y al confín voló la estrofa de la santa libertad.

El silencio se hizo trágico con el eco de las lides:
 fue una gesta milenaria de los nietos de los Cides
 en que nadie fue el vencido, pues fue el mismo que venció.
 Y los pueblos de la América no serán extraña gente:
 son la Hispania dilatada por un vasto Continente,
 son los hijos que veneran a la madre que los crió.

Fue la paz; cesó la noche y apuntó la nueva aurora.
Cuando el prócer descifñóse la noble hoja triunfadora,
suspendióla cual trofeo de los muros de su hogar.
En las íntimas veladas, su cabeza ya de armiños
se confunde con las crenchas todas oro de los niños.
y les cuenta sus hazañas y a la Patria enseña a amar.

¡Salve, egregios paladines! serenísimos patriarcas,
troncos sanos de la raza, gloria y prez de estas comarcas,
que vivisteis como niños y enseñasteis a vivir!
Laude eterna a las mujeres que aromaron sus hogares,
tan benditos como templos, tan sagrados como altares,
donde es dulce la existencia y beatífico el morir.

De esa edad remota y mágica nos quedaba una figura,
toda paz, toda inocencia, toda lirlos y dulzura,
que cruzaba nuestras calles con intacto, manso pie;
sus palabras eran eco de divinas enseñanzas,
era el hombre milagroso de las bienaventuranzas
y una tarde sintió alas y en silencio se nos fue.

Hoy horadan los motores las entrañas de los montes,
y atraviesan los aviones nuestros anchos horizontes,
y latentes, rudos bríos se desatan en turbión:
que restallen en las cumbres las mil alas del progreso,
que sintamos en la frente de sus ímpetus el beso,
pero guarden fe las almas y amor patrio el corazón!

ALVARO SÁNCHEZ

